

telectuales a la calidad del proceso cognoscitivo. El autor vuelve a la noción tomista de la *fides formata* en la que se esconde la indicación de la fuerza del amor que permite comprender mejor. De su parte H. Rikhof introduce una lectura trinitaria de la fe y D. de Haan profundiza en la cuestión de la obligatoriedad de la fe en la cuestión de la existencia de Dios, distinguiendo y analizando dos extremos en la postura sobre el papel de la fe que llama fidelista y racionalista. La única contribución dedicada a la esperanza es la de L. Hendriks que subraya su carácter escatológico, pero al mismo tiempo no distante de la realidad temporal. El objeto de la esperanza no es algo pasivamente esperado, sino una parte importante de la motivación del hombre, algo que comienza ya en la vida terrena.

El número más grande de las contribuciones contiene la sección dedicada a la virtud de caridad que abre el capítulo de M. Sherwin OP que desde la perspectiva histórica (Agustín, Abelardo y otros escolásticos) trata de mostrar cómo santo Tomás supera las polémicas del siglo XII sobre la naturaleza de la caridad, introduciendo la amistad como la clave de interpretación. Sobre la caridad como una manera de vivir trata el texto de P. Wadell subrayando la práctica extática de esa virtud que vincula con los

efectos de la caridad (entre los cuales analiza la limosna, misericordia y la bondad). A las características profundas de la misericordia (en particular la *compassio*) dedica su capítulo J. O'Callaghan esbozando como santo Tomás transforma la comprensión de esa virtud presente en los escritos estoicos y en Aristóteles. Por su parte, R. Smith reflexiona cómo la caridad perfecciona la ley natural y J. Vijgen trata de la *acedia*, la tristeza espiritual que es vencida por la encarnación de Cristo en la que se nos ofrece el fundamento para evitar la desesperación. Como interesantemente observa, el pecado de *acedia* contradice a las tres virtudes teológicas. El libro concluye el artículo de R. Conrad OP sobre el papel «arquitectónico» del don de sabiduría que santo Tomás vincula con la caridad. En meticulosos análisis de los textos tomasianos, el autor subraya la relación de la sabiduría con la participación en el Dios-Hijo y fuente de la dignidad de la vida de la gracia.

Sin duda, este libro no sólo pone al día la investigación sobre la aretología del Aquinate, sino también abre nuevas perspectivas de la reflexión sobre las virtudes infusas y puede servir de un buen compendio para esta temática.

Piotr ROSZAK

Jorge ORDEIG, *El Dios de la alegría y el problema del dolor*, Madrid: Rialp, 2015, 120 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 978-84-321-4579-7.

¿Por qué tenemos que sufrir? Y, ¿por qué si Dios quiere a sus hijos tal y como afirman las grandes religiones monoteístas, lo permite? Éste es uno de los grandes interrogantes de nuestra vida que además de implicarnos profundamente a cada uno de nosotros, ha llevado al autor Jorge Ordeig a publicar un nuevo libro titulado: *El Dios de la alegría y el problema del dolor*, editado por

Rialp. El escritor es Doctor en Filosofía, Ingeniero de Telecomunicaciones y lleva más de treinta años trabajando en la formación de adolescentes, universitarios y familias. Actualmente desempeña su labor como párroco en la Iglesia de San Ildefonso de Granada.

Tal y como se desarrolla en la obra, a lo largo de la historia son muchas las explica-

ciones que se han dado al dolor y al sufrimiento desde una vertiente teológica, filosófica e incluso humana, algo que está intrínsecamente relacionado con la libertad y la alegría. Asimismo, los temas son tratados con naturalidad y, sencillez y, aunque se analiza el mal y el sufrimiento desde una perspectiva cristiana, lo expuesto puede resultar también interesante a aquellas personas desligadas de cualquier creencia o pertenecientes a otras confesiones religiosas, ya que se indaga en la relación existente entre Dios y la desgracia. El autor desecha además las habituales y falsas teorías de que es Dios el que nos manda todos los males que nos acechan, o lo que es peor, pudiendo evitarlos no lo hace, pues ¿acaso una madre no quiere lo mejor para sus hijos y si puede evita sus sufrimientos?

El libro está estructurado en dos partes: En la primera parte se analizan los motivos o causas del dolor al mismo tiempo que se distingue perfectamente entre males físicos y males morales y, en la segunda parte, se analiza el sentido y el significado del dolor y la relación existente entre éste y la alegría. De este modo puede verse perfectamente la unión teórica y práctica de lo tratado, que lejos de ser un clásico manual de buenas prácticas que advierte a los seres humanos cómo han de comportarse, profundiza en cuestiones derivadas del mal y que de una u otra forma nos afectan a todos aunque de manera diferente, pues somos muy distintos en cómo afrontamos aquello que nos sucede (p. 9).

Vivimos en un mundo virtual, digital, en el que la realidad es explicada a través de códigos binarios, de respuestas afirmativas o negativas, mientras que paradójicamente la casi totalidad de las realidades humanas siguen siendo analógicas: «En este mundo tan digitalizado en el que vivimos, conviene recordar que en la mayor parte de los aspectos de nuestra vida, no se trata tanto de ceros y unos, de sí y no... sino de más o menos, de mejor o peor» (p. 13). En oca-

siones parece ser más importante la tecnología que los propios hombres, e intentamos convertir la problemática humana en ciencia absoluta, algo imposible si se tiene en cuenta que la propia vida precisa y necesita de matices. Lo mismo ocurre con el cristianismo, donde lo más importante consistiría, más que en estar apuntado, en ser un buen cristiano (p. 13). La creencia religiosa implica al hombre por completo.

Dejando a un lado posturas relativistas y siguiendo la definición de Aristóteles, el bien sería aquello que nos perfecciona y nos permite alcanzar la plenitud como hombres, siendo el mal, por el contrario, lo que pone en peligro nuestra propia naturaleza haciéndonos daño y dificultando esa plenitud anhelada por todos (p. 17). Por lo tanto, el mal es ausencia de un bien debido, un daño ocasionado consciente o inconscientemente, una catástrofe natural o una sensación de malestar interior ante nosotros mismos o lo que nos rodea: «En cualquier caso, lo que nos provoca dolor y sufrimiento» (p. 17). Teniendo en cuenta esto podrían distinguirse cuatro niveles que a su vez están íntimamente ligados entre sí: mal, daño, dolor y sufrimiento (p. 18). Es destacable también la distinción que el autor realiza entre «lenguaje piadoso o teológico», el que utiliza la gente con formación y conciencia religiosa, y «lenguaje real o de la calle», utilizado por personas que carecen de formación religiosa: «No podemos confundir los dos lenguajes ni hablar con lenguaje piadoso a una persona sin capacidad de entenderlo» (p. 28).

Es evidente que el mal nos afecta en cualquiera de sus vertientes, y que nuestro sufrimiento particular dependerá de la proximidad que tengamos con aquello que ocurre a nuestro alrededor. Existen, por lo tanto, dos tipos de males, los morales y los físicos. Los males físicos se derivan directamente de la naturaleza, son producto de la complejidad del mundo material y se producen sin intervención de ninguna perso-

na. Los males morales están directamente relacionados con la libertad humana y lo que se deriva de ella, aunque en ocasiones culpemos a Dios de acciones que simplemente son fruto del libre albedrío. En Dios poder y querer se identifican (p. 37). Además de ser todopoderoso, Dios es coherente, y a diferencia de los seres humanos no se contradice ni cambia las reglas del juego, de ahí que libremente haya creado al hombre libre con lo que ello implica (p. 39). Teniendo en cuenta esto puede afirmarse que Dios padece nuestras malas elecciones, y del mismo modo que le ocurre a una madre, no quiere que sus hijos sufran. Nuestro mal es el precio que pagamos por la libertad, y Él lo respeta, aunque en ocasiones pueda provocar sucesos extraordinarios.

Otra cuestión de la que el libro se ocupa es nuestro lamento por el mal que padecemos en primera persona, el que sufrimos más directamente: ¿Por qué a mí? Según el autor esta pregunta es absurda (p. 54), pues acerca de un caso individual no hay ciencia

posible. No podemos establecer una ley universal bajo la cual se integre todo lo particular, y más aún la individualidad dignificada que somos cada uno de nosotros.

Por último, resulta interesante destacar la invitación por parte del autor a contemplar la belleza de la creación y a no perder la admiración por el hermoso mundo conocido, ya que en ocasiones los males que nos acechan nos impiden disfrutar y valorar los bienes conocidos, especialmente si tenemos presente que Dios no quiere ensañarse con nosotros: «Es bastante claro: cualquier dolor, cualquier desgracia, no es nunca un castigo de Dios por nuestros pecados» (p. 83). Siguiendo a san Pablo, hay que vencer el mal con el bien, y, siempre que sea posible, hay que vencerlo además con alegría y buen humor (p. 115). Finalmente, la obra proporciona una bibliografía comentada, algo que puede ser útil para estudios posteriores o si se quiere seguir profundizando en el tema.

Carmen ROMERO

Javier ECHEVARRÍA, *Dirigir empresas con sentido cristiano*, Pamplona: Eunsa (Colección «Astrolabio», serie «Economía y Empresa»), 2015, 103 pp., 14,7 x 21,5, ISBN 978-84-313-3102-3.

Este breve libro reúne tres escritos del Prelado del Opus Dei y Gran Canciller de la Universidad de Navarra, dirigidos al IESE –la Escuela de negocios de esa Universidad– y a sus antiguos alumnos. Mons. Echevarría toma ocasión de algunos aniversarios significativos del IESE para abordar el trabajo empresarial desde una perspectiva cristiana y ofrecer una reflexión sobre el papel de la empresa y de los empresarios en la sociedad. El primer capítulo se titula «Dirigir empresas con sentido cristiano», el segundo «Exigencias éticas en dirección de empresas» y el tercero trata sobre el «Humanismo cristia-

no en dirección de empresas». Abre el libro un prólogo de Jordi Canals, entonces Director General del IESE, y flanquean los tres capítulos una introducción y un epílogo a cargo, respectivamente, de los profesores Domènec Melé y Antonio Argandoña. Estos profesores presentan de forma más sistemática las aportaciones más significativas de los tres escritos: sus fuentes de inspiración, la visión de la empresa que implican, los rasgos característicos del espíritu cristiano en el trabajo empresarial, la visión antropológica subyacente o el perfil de directivo cristiano que se puede entresacar de ellos.